Las disfrazadas de hombre en *La Fénix de Salamanca*

Ana María Martín Contreras
Aula-Biblioteca «Mira de Amescua»

Las damas no desdigan de su nombre
y si mudaren traje, sea de modo
que pueda perdonarse, porque suele
el disfraz varonil agradar mucho.

(Lope de Vega, *Arte Nuevo de hacer comedias*)

Casi todos los dramaturgos del Siglo de Oro utilizaron el tema de la mujer vestida de hombre en la escena. Lope de Vega, Tirso de Molina, Mira de Amescua, Calderón, etc. Algunos, incluso, escribieron, expresamente, obras para sus actrices favoritas como es el caso de Lope de Vega o Luis Vélez de Guevara. Algunas actrices se tomaban tan en serio su papel que incluso lo representaban en su vida cotidiana, dicen que un buen actor es el que se transforma en su personaje, pero me parece a mí que las actrices realizaban con demasiado empeño esta actuación y llegaba un momento en el cual no distinguían la ficción de la realidad, dando lugar al nacimiento de leyendas que algunas veces las perjudicaban y que casi siempre las beneficiaban, pues todo el mundo quería verlas para comprobar si lo que se contaba de ellas era verdad. Hay actrices como Bárbara Coronel, María Calderón, Elena Osorio, Micaela de Luján, Catalina Flores, Jusepa Vaca, María de Heredia, Francisca Baltasara, etc. que no renunciaron a su papel teatral de hombre[1].

1. N. D. Shergold y J. E. Varey, *Genealogía, origen y noticias de los comediantes de España*, Londres, Támesis, 1985. Véase también Carlos Guaza y Gómez-Talavera, Antonio Guerra y Alarcón, *Músicos, Poetas y Actores*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1884, pp. 183-189, hacen referencia a algunos actores y en concreto de Francisca Baltasara.

Todas ellas fueron actrices y todas famosas (ya por sus relaciones con autores, ya por su vida personal o por su trabajo), de ellas se sabe algo y a veces nada, quizás alguna de estas representó *La Fénix de Salamanca.*

Desde el principio de la obra el lector queda informado de que hay dos mujeres disfrazadas de hombre, cada una de una clase social (señora y criada) y de que sus disfraces obedecen a motivos diferentes:

> *«Sale DOÑA MENCÍA [con vestido largo y hábito de San Juan], y LEONOR, su criada, como capigorrón»*[2]

Dª Mencía busca al hombre que le prometió matrimonio y que más tarde la engañó abandonándola. Leonor, la criada, sigue a su ama en su empresa con más o menos voluntad y no poco miedo:

LEONOR
[...]
que no ha de ser tu recato
tan grande, que alguna vez
no te miren a la nuez
y a los puntos del zapato,
y echen de ver que eres macha,
y por la hebra el ovillo
saquen y de Jaramillo
descubran también su tacha.
Y en tal traje, esa cruz blanca
no es la que te ha de salvar,
aunque te quieras llamar
la Fénix de Salamanca;
que a la visita primera,
sin tener duelo y clemencia,
un alcalde nos sentencia
a hilar en una galera.
(vv. 65-80).

2. A. Mira de Amescua, *La Fénix de Salamanca,* prólogo, edición y notas de Ángel Valbuena Prat, Clásicos Castellanos, Espasa Calpe, Vol. II, Madrid, 1971. Todas las citas de esta obra las haré partiendo de esta edición.

En realidad, Leonor preferiría que su padre le preparase un matrimonio, pues hay «señores» que «sacan de la faltriquera / destierro, azotes, galera, / y aún dicen que son favores», (vv. 89-92).

Dª Mencía, mucho más arrojada y aventurera no tiene miedo, pues el disfraz de la orden militar de San Juan que se ha puesto[3], un hábito largo de color negro con una cruz blanca en el pecho, y la coartada preparada le dan toda la seguridad que necesita para seguir adelante:

Dª MENCÍA
No hay, Leonor, dificultad,
de ese temor te retira;
que en la corte no se mira
con tanta curiosidad.
Criado del gran Prior
que viene esta primavera,
he dicho que soy.
(vv. 41-47)

El temor de Leonor y la despreocupación de Dª Mencía van en relación, a mi parecer, con el castigo y otros peligros a los que se expone la mujer disfrazada y por supuesto a la clase social a la que pertenezca cada una, es decir, Dª Mencía volvería a su «monjíl» y para Leonor, «azotes, destierro y galera». Sabemos que hay leyes que prohiben a las mujeres vestirse de hombre y viceversa, estas leyes se aplican a la vida profesional (teatral), pero no tenemos conocimiento de que estas se extendieran a la vida diaria, real, excepto por los comentarios que hacen los personajes de las obras sobre las actuaciones de la justicia, es decir, ¿Las obras de teatro son un reflejo de la realidad?, ¿Los autores ponen en boca de sus personajes lo que ocurre realmente?, ¿La persecución que sufren las mujeres disfrazadas y el castigo consiguiente es un mero recurso literario para atraer a más público? Hasta nosotros ha llegado la historia de *La monja alférez (Dª Catalina de Erauso, 1592-1650)*[4] y también la historia de una tal doña Francisca, aventurera,

3. En este punto difiero de la catalogación que hace Carmen Bravo Villasante en *La mujer vestida de hombre en el teatro español,* Revista de Occidente, Madrid, 1955. Dª Mencía no persigue a D. Garcerán vestida de estudiante, sino como militar de la orden de San Juan.

4. Véase M. Romera Navarro, «Las disfrazadas de varón en la comedia», *Hispanic Review,*

referida por don Diego Duque de Estrada[5] (1589-1647) en sus *Comentarios del desengañado de sí mismo.* Según cuenta D. Diego, mantuvo relaciones con esta señora y disfrazada de hombre lo acompañó en sus aventuras por toda Italia. Pero no hay documentos que prueben que esto sea verdad, es decir, que estas señoras existieran y que las obras representadas a partir de sus aventuras fueran una especie de biografía llevada a la escena, lo único verificable es la aceptación de la mujer disfrazada de hombre en las tablas, una mujer libre, independiente y aventurera, que lo mismo montaba a caballo, que empuñaba un arma, o conquistaba a un hombre. *La Fénix de Salamanca,* parece ser que fue creada a partir de la vida de Feliciana Enríquez de Guzmán[6] (poetisa). Feliciana, nació en Sevilla y tuvo dos hermanas que se hicieron monjas y para 1630 ya había enviudado dos veces, dedicándose a obras de caridad y también como «patrona del patronazgo y obra pía que para efecto de casar doncellas de su linaje doctó y fundó Isabel Núñez, vecina que fue de esta ciudad»[7]. También fue autora de la obra *Tragicomedia de los Jardines y Campos Sabeos.* Hay una leyenda que dice que Feliciana Enríquez asistió a la Universidad de Salamanca disfrazada de hombre y que a partir de este hecho Mira escribió *La Fénix de Salamanca.* Tanto Manuel Serrano como Carmen Bravo Villasante, no aportan ningún documento válido a este respecto.

De la misma manera que la influencia de la realidad en el teatro no puede demostrarse, si es posible comprobar la influencia negativa y «maligna» del teatro en la vida moral, familiar, etc. de la mujer que acude al corral de comedias. Hay un testimonio del padre Juan Ferrer donde avisa

---

II, 1934, pp. 280-281.

5. *Op. cit.*, pp. 280-281. También, D. Emilio Cotarelo, *Mira de Amescua y su teatro. Estudio biográfico y crítico,* Tipografía de la «Revista de Archivos», Madrid, 1931, pp. 18-19, habla de este mismo Diego Duque de Estrada, como un personaje insignificante, que al parecer fue a Italia en la misma época que Mira de Amescua y formando parte de la misma comitiva. La vida y obra de Diego Duque de Estrada se puede leer en la edición de Henry Ettinghausen, *Comentarios del desengañado de sí mismo,* Clásicos Castalia, Madrid, 1982.

6. Carmen Bravo Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español. (Siglos XVI-XVII),* Revista de Occidente, Madrid, 1955. Véase también Manuel Serrano y Sanz, *Apuntes para una biblioteca de autoras españolas desde el año 1401 al 1883,* Madrid, Rivadeneira, 1903, en *Teatro de mujeres del Barroco,* Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España. nº 34, pp. 22-25, Madrid, 1994.

7. *Teatro de mujeres del Barroco, op. cit.*, p. 175.

de la perniciosa influencia de las comedias (1613), dice así: «Otro daño es también el atrevimiento y desvergüenza que en nuestros tiempos se ha visto en muchas, y es andar algunas mujeres disimuladas en hábito de hombres por las calles y por las casas, con tanto daño de sus almas y de las ajenas. Claro es que en tiempos atrás no había de esto tanto, con mucho, como en nuestros tiempos se ha visto y por nuestros pecados se ve, sino que el verse cada día en las comedias mujeres representar en hábito de hombre, ha hecho perder el miedo y la vergüenza a cosa en que tanta la había de tener de buena razón»[8]

El éxito que tuvo en las comedias la mujer vestida de hombre hizo que estas obras proliferasen de tal manera que incluso las actrices (comediantas) se especializaron en estos temas.

Pero centrémonos un poco en el tema que nos ocupa y vamos a ver como es la personalidad de *La Fénix de Salamanca* y por qué la necesidad de vestirse de hombre. Dª Mencía, es una mujer viuda que ha sufrido un desengaño amoroso, se han reído de ella, su honor ha sido mancillado y como no tiene otros familiares masculinos que la defiendan y le devuelvan ese honor, tema de capital importancia en los siglos XVI y XVII, decide viajar desde Salamanca a Valencia y posteriormente a Madrid, para encontrar al causante de todos sus males, D. Garcerán, que después veremos que no es tan perverso. Como ya hemos dicho Dª Mencía es una mujer viuda y si tomamos como referencia la historia y la literatura, seguramente estuvo casada con un hombre mucho mayor que ella, al que no amaba y con el que seguramente la obligaron a casarse, por lo que, como consecuencia no tuvo un matrimonio «auténtico». Cuando conoce a D. Garcerán, joven, y apuesto, todos sus deseos se ven cumplidos, la vida le da una nueva oportunidad. Pero ¿se comporta Dª Mencía como una auténtica viuda de su época?, es decir, ¿como una mujer enlutada, doliente, enclaustrada y ejemplo de señoras y doncellas?[9]. Primeramente, tenemos que tener en cuenta que Dª Mencía no queda desamparada económicamente, no tiene que buscar un medio para mantenerse, tema bastante espinoso para la mujer de la época, su marido, un hombre rico la ha dejado en una buena posición:

8. M. Romera Navarro, art. cit., p. 281.

9. Mariló Vigil, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 195-207.

D. GARCERÁN
[...]
tenía la mejor sangre,
y más de seis mil de renta.
(vv. 959-960)

Y segundo, ella no se resigna al anonimato, sale con sus amas y sigue las normas en cuanto al vestuario de la mujer viuda[10], pero en el momento que D. Garcerán la saluda, en la puerta de la iglesia de San Esteban, manda a paseo las normas y devuelve el saludo, dándole así el permiso que éste necesita para acercarse a ella:

D. GARCERÁN
[...]
Sólo diré que venía
en un coche con dos dueñas,
tocada de honestidad
y vestida de vergüenza.
Apeóse y oyó misa,
y aquel rato que en la iglesia
estuvo, me vi en la gloria,
gozando de su presencia.
Volvió a ponerse en su coche,
y yo, que estaba a la puerta,
al pasar, todo turbado,
la hice una reverencia.
Miróme, y hizo lo mismo,
fuése, y dejóme en tinieblas,
naciendo de aquestas vistas
mi cuidado y su querella.
(vv. 933-944)

Esto es un atrevimiento por parte de Dª Mencía y es el comienzo de sus aventuras, está tomando una opción de libertad y de independencia que la

10. Francisco de Osuna dice que deben vestir humildemente, incluso con hábito -llamado monjil- si es necesario, porque han de ser reducidas al estado de la vejez «como personas que ya se les ha pasado la flor del mundo» en Mariló Vigil, *op. cit.*, pp. 195-207.

separa de las otras viudas y de los cánones establecidos por los moralistas de la época[11], está aceptando los galanteos de un hombre y lo está recibiendo en su casa.

Cuando D. Garcerán se marcha de improviso y ella decide seguirlo lo hace de la única manera que le permite moverse con entera libertad y sin dar explicaciones a nadie; se disfraza de hombre lo que no la convierte a mi juicio ni en una mujer varonil ni menos en una mujer travestida, como llega a suponer Byron P. Palls[12]. En mi opinión, Dª Mencía solamente utiliza un medio, el disfraz, para llegar a un fin, encontrar a D. Garcerán. Su condición de mujer y además viuda la privan de actuar libremente por eso tiene que disfrazarse; no porque sienta deseos de vestirse de hombre o porque reniegue de su condición de mujer como, creo, le ocurre a Lisarda en *El esclavo del Demonio*[13], que a mi entender es mucho más vengativa y violenta que Dª Mencía. Lisarda quiere vengarse de todos, del padre que la despreció, de su hermana como usurpadora de su herencia y por supuesto del amante que cree que la ha traicionado. Lisarda quiere sangre a toda costa:

LISARDA
[...]
una flecha disparada
del arco, podrán volver
atrás, más no la mujer
una vez determinada.
Delfín, caballo, cometa,
río, flecha, rayo, nave
es la mujer que no sabe
ser obediente y sujeta.
Vergüenza y honra preciosa,

11. Concepción Argente del Castillo, «La mujer entre la confusión y el ingenio. Apuntes sobre *La Fénix de Salamanca*» en Agustín de la Granja y Juan Antonio Martínez Berbel (eds.): *Mira de Amescua en candelero, Actas del Congreso Internacional sobre Mira de Amescua y el teatro español del s. XVII*, Granada, Universidad, 1996 Vol. I, pp. 116-119. También el artículo de Joaquín Entrambasaguas, «Espejo para la mujer en el Renacimiento español», *Revista de Literatura*, XVIII, 1960, pp. 83-116.

12. Byron P. Palls, «Una justificación del título de la comedia de Mira de Amescua *La Fénix de Salamanca*», *Hispanófila*, 47, 1973, pp. 63-71.

13. Antonio Mira de Amescua, *El esclavo del demonio*, ed. de James A. Castañeda, Madrid, Cátedra, 1984. Cualquier referencia que haga a esta obra la haré partiendo de esta edición.

interés, miedo y poder
no la podrán detener,
si está agraviada y celosa.
Pues yo, que en cólera rabio,
sin vergüenza, honra ni miedo,
¿cómo arrepentirme puedo
antes de vengar mi agravio?
(vv. 1087-1102)

LISARDA
[...]
Haré del miedo moneda,
(v.1127)

LISARDA
[...]
Aquí, cuando al bosque venga,
su homicida pienso ser,
(vv. 1163-1164)

En otro momento del diálogo Lisarda dice a D. Gil:

D. GIL
¡Fuerte mujer!
LISARDA
Y tan fuerte,
que el mundo me ha de llamar
Semíramis la cruel,
y en cuantos pasen por él
quiero enseñarme a matar.
(vv. 1169-1174)

Y así, continuamente, durante toda la obra se puede observar la personalidad de Lisarda, más agresiva «Imito como deseas, a las fieras amazonas, (vv.1400-1401), y quizás también más desengañada que Dª Mencía, pues Lisarda al fin y al cabo ha sido traicionada por alguien más que un amante, su familia. Es verdad que en algunos fragmentos de la obra Dª Mencía utiliza frases que también muestran su agresividad:

(Aparte) ¡Ay de mí, si este villano
se atreve a mi fama honesta;

que si de lo que no hizo
se alaba, esta daga fiera
le sacará el corazón
y haré que rabiando muera!
(vv. 979-984)

Pero esto no quiere decir que sean ejemplos de rasgos varoniles, puesto que se trata de una persona que ha sido ofendida y expresa en caliente sus deseos de ser satisfecha. Un arrebato momentáneo en el que se desea recurrir a las armas no convierte a nadie, obligatoriamente, en mujer varonil u hombre afeminado. Dª Mencía utiliza mucho mejor su astucia y los ardides femeninos para conseguir sus propósitos, por ejemplo, cuando quiere ayudar a Ale-jandra:

Dª MENCÍA
¿Parezco bien?
ALEJANDRA
Bien, a fe
Dª MENCÍA
Yo soy muy lindo y bien hecho
ALEJANDRA
¡Qué buenas piernas y pies!
Dª MENCÍA
Esto para ti no es
ni de gusto ni provecho.
Esconde estos despojos,
pues con estos me renuevo.
ALEJANDRA
(Aparte) ¡Ay Dios, qué gentil mancebo!
Tras él se me van los ojos.
Dª MENCÍA
¿Hay chapines?
ALEJANDRA
Sí
Dª MENCÍA
Pues muestra.
(vv. 1858-1868)

Aquí podemos comprobar, a mi parecer, bastante claramente los rasgos de coquetería femenina que tiene Dª Mencía al probarse la ropa de mujer, un poco narcisista, cuando hace referencia a su buena imagen, pero si Dª Alejandra no pensara que es un hombre, podría ser perfectamente la escena de dos mujeres intercambiándose ropa. Dª Mencía echa de menos su ropa de mujer «Esconde aquestos despojos, (ropa de hombre) pues con estos me renuevo (se renueva con la ropa de mujer, vuelve otra vez a ser ella)» (vv.1863-1864). Y cuando pregunta si hay zapatos, está completando su imagen de mujer y su gusto por la ropa femenina, los complementos son muy importantes para conseguir el resultado final.

Generalizando un poco, podríamos decir que en la literatura española hay dos figuras representativas: la mujer heróica (guerrera) y la mujer enamorada. A doña Mencía tendríamos que clasificarla en el segundo grupo. Su punto en común es que las dos se visten de hombre para conseguir lo que no pueden hacer como mujer, pero toda similitud termina aquí, pues una se viste de hombre para intentar conseguir a su enamorado o para reunirse con él, mientras que la mujer guerrera suele renegar de su propio sexo y huir de los hombres si no son como meros compañeros de aventuras. Dª Mencía huye de la lucha, es femenina y discreta, quiere encontrar a D. Garcerán y cuando lo hace, no piensa en la venganza pues sus sentimientos hacia él y el comportamiento del mismo, hacen que renazca el rescoldo amoroso y no pueda matarlo:

D. GARCERÁN
Más pongo al cielo testigo
que fue con tanta limpieza,
que no la toqué una mano.
Dª MENCÍA
(*Aparte*) ¡Ay Garcerán! bien pudieras...
Hoy mi vida te consagro,
y mil, si tantas tuviera;
y ¿qué mujer no da el alma
a un hombre de tan buena lengua?
(vv. 985-992)

Dª Mencía, es más comedida en su actuación, no tiene la condición de «marimacho» intratable, no es una amazona ni una serranilla, ni siquiera

tiene imagen de mujer bandolera, no alardea de su condición de hombre porque no lo es, es sólo una mujer disfrazada. Y por supuesto nos queda la otra mujer que acompaña a Dª Mencía, Jaramillo (Leonor), ella por su condición de criada tiene la obligación de acatar las órdenes de su señora y al acompañarla no tiene más remedio que disfrazarse, ella es la conciencia de su ama, el elemento prudente y sensato, la que le recuerda en todo momento el peligro que corren y quien da a la obra un tono humorístico muy sutil:

Dª MENCÍA
¡Ay de mí, Leonor,
que aquí mi historia comienza!
LEONOR
¿Qué historia o qué calabaza?
(vv. 912-914)

Leonor o Jaramillo no piensa en la historia de amor sino en el fracaso de la misma, y lo expresa de una manera muy popular «te han dado calabazas» aunque la palabra «calabaza», también podría significar confusión, enredo. En los versos 3209-3210, Solano discute con D. Garcerán y dice: «y tú ¿qué estás? Calabaza», es decir, tonto, confundido.

En otro momento de la obra Dª Mencía pregunta a Leonor como le va con Solano (criado de D. Garcerán) y Leonor responde con sarcasmo, pues, para ella, compartir la habitación con el otro criado no le resulta nada agradable:

LEONOR
Con buen gigante villano
con pocas fuerzas peleo.
Dª MENCÍA
¿Tan presto tanta flaqueza?
LEONOR
Pues verte con él, señora,
no una noche, sino una hora;
veremos tu fortaleza.
(vv. 1463-1468).

Y si compartir la habitación no le agrada, para qué vamos a hablar del matrimonio. Leonor, al igual que su señora, también quiere decidir su futuro y éste no incluye a Solano. Tampoco, en fin, aceptará Leonor el matrimonio concertado.